



Carlos García Requena

Psicodramatista freudiano. Psicoanalista.

Formado en psicoterapia clínica integrativa, terapia Gestalt y Psicoanálisis. Miembro del aula de psicodrama. Docente en la formación de psicodrama freudiano del Aula de psicodrama. Especialista en adicciones. Director de la revista “Speculum” sobre psicodrama y grupos.

Resumen

Como en un laberinto de espejos, en el grupo todos se miran buscando lo que ni siquiera saben. Actúan y se mueven con un plan propio y secreto, un juego al que los demás son invitados. Cada cual con sus propias reglas, cada cual esperando una cosa, pero todos resonando juntos en un baile incierto.

“Anton, Anton
Anton pirulero,
cada cual, cada cual
que atienda su juego
y el que no lo atienda
pagará una prenda”.

Nos asomaremos por un momento a los fenómenos transferenciales, partiendo de unas pinceladas conceptuales para acabar hablando de los diferentes desplegamientos en el encuadre individual o grupal psicodramático..

“Contigo conocí el amor
porque sólo me diste de él
la forma imposible”

Nemer Ibn El Barud

Desfiladeros de lo imposible

Transferencia y psicodrama

Carlos García Requena ¹

“En términos generales, la transferencia designa la tendencia inconsciente a reeditar, en los vínculos del presente, ciertas modalidades de relación originadas en la infancia con los objetos primarios. A causa de ésta propensión, los deseos inconscientes se hacen presentes en todos los lazos sociales que el sujeto va estableciendo en los diversos momentos de su vida.” (Korman, V. 2004).

Freud comenzó a hablar de transferencia en 1888, cuando apuntaba al desplazamiento del síntoma histérico en el cuerpo. Sin embargo, será más tarde, en Estudios sobre la histeria (1895), donde la transferencia adquirirá el matiz que conserva hasta hoy, un significado que tiene que ver con el desplazamiento y el **falso enlace**².

Transferir significa desplazar una cosa de un lugar a otro. ¿Qué cosa? Para Freud, *“la transferencia es un caso particular de desplazamiento del afecto de una representación a otra”*.

En la transferencia se produce un pliegue, que une pasado y presente. Respecto de lo pasado, implica el rechazo de un deseo a partir de la aparición de un afecto que lo hace conflictivo y que se da en el marco de la relación con un objeto (inicialmente figuras parentales). Ya sabemos que la represión opera separando el afecto de su representación original, de manera que esta es reprimida y el afecto vaga errático en busca de otros depositarios. En el presen-

te, el afecto que originalmente forzó al sujeto a desterrar el deseo, vagabundea en busca de un lugar y se intenta actualizar depositándose sobre un objeto diferente al original. El afecto sigue siendo el mismo, solo que ha sufrido el desplazamiento a una representación menos conflictiva desde la que intentar desplegarse. ¿En busca de qué?

Tengamos en cuenta que la **transferencia es la repetición** de un pretérito olvidado³, un intento de reescritura o reimpresión de fantasmas y deseos inconscientes, una tentativa imposible de redimir experiencias tempranas de decepción. Lacan lo explica de éste modo: La repetición tiene que ver con el orden de lo “no realizado”, es decepción en acto, “como lo que el sujeto está condenado a no alcanzar, pero que ese no alcanzamiento mismo revela”. Podemos decir entonces que la transferencia es el lugar por excelencia de la repetición, pues los sujetos vuelven a sus experiencias frustradas⁴ en el intento de dominar retroactivamente su fracaso.

1. Psicólogo. Psicodramatista miembro del Aula de psicodrama. Miembro de la AEP y la FEAP. Formado en psicoanálisis, psicoterapia clínica integrativa y Gestalt. Especialista en trastornos adictivos.

2. Hablamos de “falso enlace” cuando el afecto queda depositado en un lugar que no es el original.

3. Freud, en Recuerdo, repetición y elaboración.

4. El encuentro actual con una imagen pretérita determinada que siempre es fallido y por eso reiterado.

El sujeto tiende a repetir sus experiencias primordiales y a proyectar sobre las personas que le rodean en su vida cotidiana, imágenes de las relaciones pasadas en las que irán implícitos ciertos tipos de reivindicación amorosa inconsciente. Una demanda de amor que se realiza ahora a un lugar equivocado en un intento de reactualización en el que se trata de obtener lo que no puede ser; de ahí que sea siempre un intento frustrado y por lo tanto, llamado a repetirse constantemente. En la transferencia, por lo tanto, hay algo de imposible, de deseo frustrado⁵ y de negación por asumir su duelo.

Una de las figuras que se erige como depositario de éste intento de reedición afectiva es la del terapeuta⁶. En la medida que el espacio terapéutico permite el desplegamiento de modalidades transferenciales sobre objetos presentes, cabe se abre la posibilidad de poner palabras a estructuras silentes que apuntan directamente al deseo.

Freud hablaba del desplegamiento de la transferencia en la cura como un espacio intermedio donde el sujeto podía elaborar sus fijaciones infantiles, pues sólo cuando se hacen presentes⁷ es que puede figurarse algo de lo que secretamente encierran y optar, por la vía de la renuncia, a otras alternativas de relación más libres.

Para ello, el analista y los miembros del grupo (en psicodrama), son pantallas donde cada cual desplegará su propia película interna, sus

propias demandas de amor o sus tribulaciones odiantes. Una vez que el analista sirve como depositario de las imagos que proyecta el paciente, debería poder escabullirse, sustraerse de los roles que le fueron adjudicados⁸ para poder poner en evidencia la falsa conexión. Este despegamiento inicial en las figuras intermedias es necesario para poder poner después el deseo a las puertas de la conciencia.

Esta universalidad de la compulsión a la repetición, y por tanto, de la transferencia es la que convierte a la cura (analítica o psicodramática) en un instrumento, porque permite presentificar el acto ante la mirada de otro que hace de espejo.

Sin embargo, no es algo sencillo. El sujeto no es consciente del juego que despliega⁹, pues el carácter de actualidad vela y desdibuja tanto el carácter reiterativo de su reclamo como el mensaje mismo que el desplegamiento de estos prototipos infantiles posee. No se trata de una repetición taxativa de conductas, lo que se transfiere es algo del orden de la realidad psíquica en la que los deseos inconscientes (y los fantasmas asociados a ellos) ocupan un lugar clave. No se produce como recuerdo (como le gustaría al analista), sino como acto, lo que la hace en cierta manera codificada. No son repeticiones literales, sino equivalentes de lo vivido con anterioridad. Los indicios de las distintas adjudicaciones¹⁰ deben ser decodificados, lo que supone un paso de lo inconsciente a lo consciente a partir de la invocación de las palabra allí donde lo que se manifiesta es acto.

5. En el mismo momento de ocultar, la transferencia rebela, de ahí que la podamos concebir también **como una manifestación del inconsciente** en la medida que deja al descubierto posicionamientos y estilos de vinculación infantiles que se actualizan en las relaciones presentes. Se trata por tanto, de una de las huellas del deseo infantil reprimido. 6. La transferencia va más allá de la figura del terapeuta, y se produce en todas y cada una de nuestras relaciones. Sin embargo, hablaremos de las figuras presentes en el análisis y en el psicodrama porque será sobre éstas sobre las que se desplegará con posibilidad de análisis.

7. Freud: "Nadie puede ser ajusticiado en *absentia o in effigie*".

8. Si en análisis, el giro se lleva a cabo a partir de los actos del terapeuta y de la invitación a asociar, que puede llevar al sujeto a depositar el afecto presente a su momento y depositario originario, en el psicodrama está todo dispuesto para realizar el despegamiento identificatorio. El relato y la construcción de la escena, la elección de auxiliares, el momento de la acción y los ecos, vendrán a romper siempre el cristal estático de la identificación y a ofrecer nuevas imágenes más flexibles.

9. El desplegamiento de esa transferencia depende de la historia de cada cual, que siempre es subjetiva.

10. Podemos decir entonces que la transferencia es, por lo tanto, un proceso de adjudicación de roles inscritos en el mundo interno de cada sujeto, y debe ser entendida como una manifestación de sentimientos inconscientes que apuntan a la reproducción estereotipada de situaciones.

Dicho esto, y con el objetivo de poner un punto de partida común antes de seguir, es necesario detenernos un momento en realizar una pequeña aclaración que frecuentemente es motivo de confusión.

Si lo que transferimos es el afecto, sea cual sea la naturaleza de éste, no tiene mucho sentido la clásica distinción entre transferencia positiva y negativa, al menos tal y como frecuentemente se entiende, pues la transferencia de afectos es siempre negativa para la marcha del análisis, independientemente de si ésta se da en su vertiente amorosa o en la odiante. No se trata tanto de plantearlo en términos de transferencia positiva o negativa¹¹, sino de distinguir la transferencia como motor o la transferencia como resistencia del proceso terapéutico¹².

La transferencia como resistencia¹³ tiene que ver en sí misma con el desplazamiento de los afectos, sea cual sea su naturaleza, pues en cualquier caso está al servicio de encubrir una verdad. Siempre es negativa para el avance del análisis, pues no importa tanto que te ame o que te odie, ya que son dos caras de lo mismo. El desplazamiento de afecto es siempre un procedimiento defensivo que viene a congelar el progreso analítico. Cuando un paciente se enamora o despliega su odio¹⁴ encarnizado hacia la figura del terapeuta se despliega en cualquier caso una resistencia al avance, que implica el cierre del inconsciente, silencio, detención de la asociación libre, declaraciones de amor, sensaciones de agravio por la ausencia de respuesta del analista a las demandas y en definitiva, la ocultación de contenidos en servicio de la imagen, etc. En éste

sentido, se produce un velamiento de parte del sujeto que de no ser elaborado, puede terminar con el proceso mismo. La transferencia como motor¹⁴ tiene que ver con que el individuo pueda poner libremente en juego su red significativa al servicio del avance del análisis. En éste sentido, frente al afecto que frena, está la asociación libre como flujo que empuja al desvelamiento. Se trata de una transferencia promovida por el deseo de saber y no por el deseo de conseguir cierto posicionamiento afectivo del terapeuta.

El paciente quiere amor, mientras que el conductor o analista quiere que el análisis continúe, que prosiga el deseo de saber. Es en ese impasse, en ese falso enlace, que se da la transferencia.

Hemos de reparar en que debido al posicionamiento y disposición de los personajes y funciones en liza, la transferencia no se juega de la misma forma en el psicoanálisis que en psicodrama. ¿Hay en psicodrama una auténtica transferencia analítica?

Aunque el objetivo de la intervención es siempre apuntar al deseo que está suspendido en la demanda, el psicoanálisis individual y el abordaje en grupo acceden a él de maneras diferentes. ¿Cómo ocurre el fenómeno de transferencia en el grupo?

La situación de grupo pone en juego la mirada, lo que hace que haya algo de la transferencia que se juegue de otra forma, pues la visión de los miembros del grupo y el desplegamiento de las identificaciones¹⁵ como soporte transferencial, modifica su estructura y contenido.

11. Que hace referencia únicamente a un planteamiento descriptivo del tipo de afecto en juego, pero no habla de una diferencia estructural, pues el enlace falso es igual de resistencial provenga del amor o del odio.
12. Como análisis, me referiré siempre al psicoanálisis individual y al psicodrama grupal, pues ambas apuntan al desvelamiento del deseo inconsciente. Más adelante llevaré a cabo una distinción sobre cómo lo transferencial se despliega con cierta diferencia en ambos encuadres.
13. Freud plantea también la **transferencia como una resistencia** que se opone a la emergencia de lo reprimido, de manera que la fusión imaginaria con la escena de antaño apunta a evitar saber quién soy yo y por lo tanto, a caer en la cuenta de lo que no puede ser (duelo). La transferencia es resistencia en tanto que encierra una insistencia por seguir manteniendo vínculos relacionales pasados que apuntan al no reconocimiento del dolor y la falta.
14. Este tipo de transferencia tiene que ver con lo simbólico, pues se despegua de la imagen imaginaria y se lanza en la búsqueda del saber asumiendo los riesgos. El paciente se lanza a la asociación libre donde la palabra le va ayudando a saber de sí más allá de la imagen que había creado de sí y del mundo. En éste sentido, se trata de una transferencia que ayuda a avanzar.
15. Hay cierta coincidencia entre los términos "identificación" y "transferencia". Si bien están hablando del juego de proyección interindividual, cabe cierto matiz diferenciador. La identificación tiene que ver con la mirada, y la mirada es el vehículo a través del cual se descubre algo en el otro que sirve de soporte para la transferencia. Esta última, tiene que ver con la transferencia afectiva con el objeto al que quedó ligada la identificación.

En el análisis, se juega con la huella de un otro que está presente desde su ausencia y que actúa como soporte del despliegue imaginario. La identificación y la transferencia, en los grupos es promovida y acentuada por el acceso que se tiene a la mirada, y en éste sentido, el dispositivo psicodramático permite y fomenta el despliegamiento de un amplio abanico de transferencias/identificaciones que permiten anudar antiguos deseos a nuevos pasajeros, de manera que el grupo se transforma en un complejo de pantallas identificatorias. A través del semejante, el sujeto puede acceder a partes de sí que están negadas.

Si bien en ambos encuadres se precisa de otro que sea el soporte del propio discurso (un otro al que hablarle y donde volcar los afectos), en el análisis, el analista es un solo polo al que dirigir la transferencia¹⁶. En el grupo, la transferencia se fragmenta y deja de ser tan exclusiva para abrirse lateralmente hacia los demás participantes¹⁷, lo que quita una parte de esa carga centrada en el terapeuta¹⁸. En psicodrama, por tanto, la transferencia actúa en todas las direcciones.

Freud describe que lo que se revive en la transferencia es la relación del sujeto con las figuras parentales, siempre ambivalente. Sin embargo, en el grupo también se depositan rastros de otro tipo de relaciones más allá de las paternas. Tal y como dice Slavson (1976):

“En la psicoterapia grupal, las transferencias paciente-terapeuta se ven modificadas por la presencia de otros. Se activan en éste caso los sentimientos tempranos y los recuerdos inadecuadamente reprimidos relativos a hermanos y progenitores. De éste modo, un paciente que proyecta sobre el terapeuta sentimientos transferenciales propios de la relación padre-hijo, puede, al mismo tiempo, reaccionar también ante otros miembros del grupo como si éstos fuesen sus hermanos”.

En éste sentido, hay algo de ventajoso en el grupo, pues la multiplicidad de posibles depositarios ofrece la posibilidad de un despliegamiento afectivo más variado. Uno de los ejemplos es que dentro del grupo, es más posible la aparición de la agresividad. El despliegamiento de los contenidos hostiles es fundamental en todo proceso terapéutico, sin embargo, la situación analítica, donde la misma figura ejercerá de contenedor de afectos de distinta índole, produce conflicto y propicia el despliegamiento de ciertos afectos en detrimento de otros. Mercedes Moresco nos habla de un paciente que estuvo 8 años en análisis y durante ese tiempo, nunca pudo desplegar su agresividad más que en ciertos comentarios. Al incluirlo en un grupo de análisis, pudo decir a sus compañeros todo aquello que aparentemente “no sentía” en la protección del diván¹⁹. En éste sentido, el grupo permite fragmentar las transferencias y facilita el juego de ciertos afectos que no se desplegarían de la misma forma en el encuadre individual.

Es por ésta misma razón, que podemos pensar que en la situación individual el juego transferencial es más pausado, mientras que en el psicodrama, la transferencia se dispara y se fragmenta, de manera que todo se vuelve vertiginoso. La mirada es, por lo tanto, un factor precipitante que deja al sujeto desnudo y le empuja constantemente a desplegarse. El grupo jaquea constantemente al sujeto y acelera el proceso analítico.

En cualquier caso, sí que merece la pena distinguir que en el grupo se dan dos modalidades de transferencia:

Transferencia horizontal o lateral. Se trata de un tipo de transferencia que se da a partir de las identificaciones inconscientes establecidas con los otros miembros del grupo a partir de huellas o rasgos mínimos representativos. Se

16. Transferencia vertical.

17. Transferencia lateral.

18. A ese mismo efecto de producir un despliegamiento transferencial sobre una sola figura, contribuye el intercambio de funciones de coordinador y animador propio del psicodrama freudiano, lo que permite la ruptura de comodidad transferencial y contra-transferencial.

19. Baudes de Moresco, M. (1988) ¿Psicoanálisis o psicodrama? Ley, contrato y trasgresión. Ed. Nueva visión. Buenos Aires.

trata de una identificación con un rasgo mínimo con mínima significación al que llamamos Rasgo Unario y su función es ser soporte de la repetición²⁰.

La transferencia-identificación horizontal queda al descubierto cuando se lleva a cabo la elección de auxiliares. Es un tipo de ligazón afectiva donde “el yo se impregna de las propiedades del objeto y se limita a tomar de él tan solo uno de sus rasgos” (Freud). Se elige al otro sin saber por qué, casi sin palabras, pero la elección nunca es casual y pone siempre en juego significantes a partir de rasgos que como puentes, unen el presente con la escena pasada. Esa elección permite la aparición de un primer momento de verdad que va más allá de lo que se “sabe”, más allá de lo que se habla, pues en ella se nombra algo de verdad en relación al deseo.

Trasferencia vertical. Se trata de la transferencia que se establece con la figura del terapeuta y más que una transferencia generada por la identificación de un rasgo que reactiva la conexión con otra escena, se trata de una transferencia sobre el sujeto-supuesto-saber. Al terapeuta se le supone que puede dar con la clave del proceso desorganizado del paciente.

Tanto en análisis como en psicodrama, al terapeuta se le coloca como sujeto-supuesto saber, garante del deseo y de la verdad. Y es a ese lugar al que se lanza la demanda, que vendría generalizada por un deseo del paciente por saber de sí: “¿quién soy yo?” (¿Qué me pasa? ¿Qué tengo que hacer? ¿Por qué me pasa lo que me pasa?). En ambos dispositivos, el paciente se encuentra con el silencio del terapeuta, solo que de distinta manera.

En análisis, el silencio del analista y su ausente presencia frustran la demanda y propi-

cian que la pregunta lanzada al otro vuelva a sí mismo. En psicodrama, la presencia del coordinador es soporte de la transferencia y es más difícil zafarse de ella pues se está en el medio de un vórtice de fuerzas a las que es difícil no responder en algún momento. El coordinador está presente, pero no de la manera que se espera, pues ante la demanda de los integrantes del grupo, en vez de responder relanza el discurso hacia otro lugar. En vez de saturar preguntas con respuestas, devuelve nuevas preguntas que vienen al lugar de la sorpresa, en vez de circular en torno al razonamiento trata de dejarse resonar en la confianza de que las verdaderas respuestas vienen siempre de otro lugar (el inconsciente)²¹. Se trata de una apuesta por abrir el sentido en vez de cerrarlo, por crear un espacio para la subjetividad del paciente en vez de saturarle con un significado amo. Entonces, los integrantes se miran entre ellos para descubrir en la lateralidad, que en calidad de testigos, ellos también detentan una parcela de la verdad²². El lugar de las respuestas se amplía, ya no está centrado exclusivamente en el analista, como tampoco la demanda de amor²³.

El lugar de supuesto saber no tiene tanta importancia en los grupos porque no hay uno solo que lo sostenga. La intervención espontánea de sus miembros modifica la transferencia única y lleva a concebir el lugar de supuesto saber como un lugar compartido, como un lugar rotativo, donde cualquier miembro se hace momentáneamente portador de un determinado saber.

En éste punto, cabe decir que el terapeuta en grupo no se ofrece para dramatizar, no toma roles ni participa de las representaciones porque si dramatiza se implica. No puede ofrecerse como polo de identificación porque hay riesgo de quedarse pegado al circuito libidinal de los individuos y el grupo. Si llegarse a participar en

20. El rasgo unario es representativo de lo ausente y por tanto buscado.

21. Foulkes habla de la existencia de un campo dinámico de experiencia y concibe la situación grupal como un caleidoscopio de relaciones alimentadas por un efecto resonante. La transferencia, por lo tanto, es una resonancia. Por eso, la actitud del terapeuta de grupo no tiene que ver tanto con entender al sujeto sino con el dejarse resonar, para responder desde el resonamiento y no desde el razonamiento.

22. En el juego de los auxiliares y los ecos de la escena, el resto de participantes aportan significantes que como eslabones de la cadena significativa añaden nuevas respuestas.

23. En el grupo, parte de la demanda es satisfecha, pues hay compañerismo, comprensión, amor, etc.

la escena, estaría respondiendo en cierta manera a una demanda de entrar en un juego que es el juego del paciente, y ya sabemos que eso tiene sus riesgos. Por otro lado, participar de la dramatización supondrá quedar equiparado al resto del grupo como un miembro más, pudiendo dejar al descubierto ese lugar diferente que representa a la función simbólica y que viene a limitar el goce²⁴.

La función del conductor de grupos en relación a las transferencias viene a ser un trabajo de actualización de las relaciones para ir desvinculándolas, en la medida de lo posible, de aquellas otras que hemos ido estableciendo a lo largo de nuestra vida con el grupo familiar y con otros grupos de personas, para poder desarrollar un modelo más acorde con nuestro momento particular. Para ello, debe permitir que se desplieguen, pues sólo in presentia es que se puede ver la naturaleza de las mismas. Una vez desplegadas, realiza un cierto quiebro que supone dejar vacante el lugar para que el ocupante original pueda volver a reencontrarse con el afecto²⁵.

En análisis, será el silencio del analista el que servirá de pantalla para que el sujeto pueda verse a sí mismo y sus actos los que vengán a quebrar el intento de referenciarle los afectos transferidos. En psicodrama, además de lo anterior, el factor de ruptura imaginaria se da porque los otros nunca responderán como cada cual espera. En éste sentido, la imagen que se espera recibir siempre queda en entredicho. Simon Blajan Marcus dice que “no hay relación de grupo” porque el malentendido fundamental aparece innegablemente. En esa fisura se instala el psicodrama, para intentar abrir y despegar aquello que trata de suturarse.

Cada sujeto lleva al grupo todo el bagaje condensado de lo que han sido sus relaciones con los grupos, es decir, una interiorización de

estilos básicos de relación. Al ponerse en relación con otras personas, los imaginarios se ponen a jugar, de manera que siempre se producen ecos entre individuos. Pacho O'Donnell dice que la transferencia podría concebirse como “dos ruedas dentadas que giran libremente hasta encajar una en la otra.” En ese momento, donde ambas ruedas llegan a girar al unísono pasado y presente quedan unidos y giran al tiempo.

En el grupo de psicodrama, todo está dispuesto para separar por un momento lo que quedó repetitivamente asociado. El juego reanuda un discurso que se había detenido y en ese nuevo desplazamiento, el afecto reencontra su destino, que es el de liberarse para volver a fijarse sobre un significante. La escena representada nunca es como la que se recuerda, los auxiliares nunca se comportan como lo hicieron los sujetos originales y por si fuese poco, en los ecos, los participantes aportan nuevas claves a la cadena. Esta “serie de catástrofes desdichas” dan al traste con la repetición y brindan espacio a la posibilidad de que puedan darse otras realidades fundamentadas en otro tipo de relaciones. En éste sentido, la experiencia de dramatización tiene efecto de nueva escena que puede modificar los circuitos trasferenciales.

Por último, cabe comentar el papel que en psicodrama freudiano ejerce el observador en relación a la transferencia. Desde su lugar de escucha desempeña el papel más analítico y ejerce como último cerrojo en la evitación del goce, que si hablamos de transferencia puede darse si el grupo o el terapeuta queda presa de determinado juego transferencial.

El hecho de trabajar en pareja favorece que las caídas en dichas redes transferenciales del grupo puedan ser mejor prevenidas, y en caso de sucederse, manejadas. La duplicidad de mi-

24. Al participar en la escena el analista deja de ejercer su función, la ley que garantiza la prohibición del incesto. La función del terapeuta grupal, viene a ser la de limitar el goce y apuntar al límite. Imbuído en la escena, que es gozosa en la medida que el paciente la guardó de un modo cómodo, no tiene libres ni la escucha ni la capacidad resonante como para detectar aquello que engancha al paciente en su trama.

25. Ver esquema L de Lacan.

rada y de escucha ayuda a detectar mejor éstas dinámicas para ponerlas al descubierto y poder trabajar con ellas. Esta función ejercida por “el otro”, que hace función de tercero en la relación, no sólo es importante cuando la transferencia viene del lado de los integrantes del grupo, sino también cuando la propia historia del terapeuta se despliega en el espacio grupal contaminando las relaciones.

La misma estructura de las sesiones psicodramáticas, donde los terapeutas se alternan en las funciones de animador y observador, favorecen que las transferencias no puedan quedar fijadas por mucho tiempo, pues allí donde el paciente apuntó encuentra un vacío que ahora es ocupado por otro.

Bibliografía.

- **Thaysen, A. (1984)** *La transferencia en análisis freudiano de grupo. En El análisis freudiano de grupo (Pacho O'Donnell y colaboradores). Ed. Nueva visión. Buenos Aires.*
- **Enríquez, M. (1991)** *Lugar y función del observador. Cuadernos de psicodrama. Revista de la asociación de psicodrama freudiano. N° 24. Pp. 4. Madrid.*
- **Fromm, H. (Ene. 1989).** *Trasferencia indirecta. Cuadernos de psicodrama. Revista de la asociación de psicodrama freudiano. N°16. Pp. 31. Madrid.*
- **Enríquez, M.** *Lo que se pone en juego en la transferencia con el otro. Cuadernos de psicodrama. Revista de la asociación de psicodrama freudiano. N°?. Pp.5. Madrid.*
- **Lemoine, P. (2012)** *Psicoanálisis o psicodrama. Speculum. Revista sobre psicodrama y grupos. N° 1. Pp. 57. Ed. Fundamentos (Madrid).*
- **Gaude, S. (1989)** *Carta a Elena Croce. A propósito de la ficción y de la transferencia en psicodrama con niños. Cuadernos de psicodrama. Revista de la asociación de psicodrama freudiano. Pp. 5. Madrid.*
- **Baudes de Moresco, M. (1988)** *¿Psicoanálisis o psicodrama? Ley, contrato y trasgresión. Ed. Nueva visión. Buenos Aires.*
- **Korman, V. (2004)** *El espacio psicoanalítico. Freud-Lacan-Möbius. Ed. Síntesis. Madrid.*
- **Pontalis, J; Pontalis, J.B. (1993).** *Diccionario de psicoanálisis. Ed. Paidós. Madrid.*
- **Lemoine, G; Lemoine, P. (1980)** *Jugar-Gozar. Ed. Gedisa. Madrid.*
- **Lemoine, G; Lemoine, P. (1972)** *Teoría del psicodrama. Ed. Gedisa. Barcelona.*
- **Baudes de Moresco, M.** *La intervención en grupos. Ed. Lugar Buenos Aires.*
- **Cortés, E. y cols. (2009)** *Psicodrama. Una propuesta freudiana. Ed. Alboran. Granada.*
- **Sunyer Martín, J.M. (2008)** *Psicoterapia de grupo grupoanalítica. La co-construcción de un conductor de grupos. Ed. Biblioteca Nueva. Madrid.*